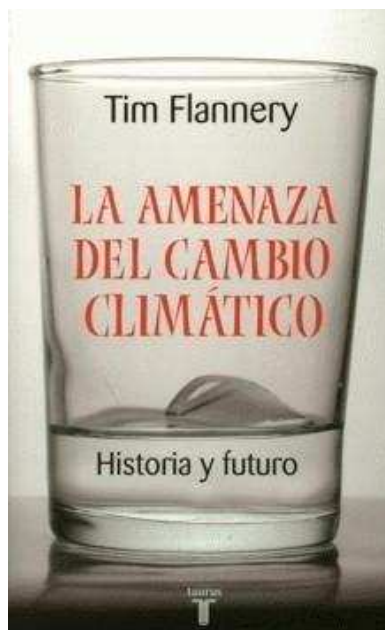


La amenaza del cambio climático: historia y futuro

Tim Flannery, Madrid, Taurus, 2006

Esta reseña está dedicada a todos los que, como Rajoy, confunden temerariamente el tiempo con el clima, el peso con la masa, el calor con la temperatura y la gimnasia con la magnesita.

El libro del paleontólogo australiano Tim Flannery cambia la perspectiva del lector. Y lo hace porque aborda con mucha seriedad y sin prejuicios uno de los desafíos más importantes a los que se enfrenta actualmente la humanidad: el cambio climático provocado por la acción del hombre.



Desde hace más de un siglo se conocen las propiedades de los gases de efecto invernadero (dióxido de carbono, metano, óxido nitroso, etc.) y su efecto sobre el clima. En 1894, el geólogo sueco Arvid Gustav Högbom relacionaba el aumento de CO₂ en la atmósfera con el incremento de las temperaturas. Por las mismas fechas otro científico sueco, Svante Arrhenius, que recibió el premio Nobel de química en 1903, llegaba a idéntica conclusión. Posteriormente, en 1938, el ingeniero británico Guy Stewart Callendar publicó un trabajo titulado *La producción artificial de dióxido de carbono y su influencia sobre la temperatura* en el que se concluía, tras concienzudas comprobaciones, que el mundo se estaba calentando debido a la combustión acelerada de carbón y de otros combustibles fósiles. Por lo tanto, el calentamiento global producido por el dióxido de carbono y otros gases de efecto invernadero no es ni una moda ni una extravagancia ideológica de izquierdistas en apuros, como tampoco fue un montaje que el agujero de la capa de ozono en la estratosfera antártica tuviera como origen la emisión de fluorocarbonos (CFC y HFC) a la atmósfera fruto de la acción humana.

Además, desde mediados de los años setenta todos los modelos matemáticos sobre el clima advierten que el aumento de la concentración de CO₂ en la atmósfera elevará irremediablemente la temperatura media del planeta. Esta es una cuestión puramente física que no admite discusión ya que, por mucho que incomode a algunos, el CO₂ sólo absorbe radiación de una longitud de onda superior a 12 micras. Esto significa que de seguir el actual ritmo de emisiones, el clima, tal y como lo hemos conocido hasta ahora, se trastocará haciéndose más violento y variable al principio para dar paso después a una situación que puede poner en peligro la biodiversidad y la civilización ya que, como nos advierten los biólogos, hay un límite de temperatura para la vida activa compleja que se sitúa entre los 48 y los 50 grados Celsius.

Esas dislocaciones iniciales del clima en el caso de Europa occidental podrían producir la paralización de la corriente cálida del Golfo y un enfriamiento temporal de las costas bañadas por sus aguas que sería el preludio de un calentamiento irremisible después. En otras zonas del mundo el efecto inicial es también peculiar (por ejemplo, sequía en el Sahel), aunque a la larga el resultado será idéntico en todas partes porque aumentarán las temperaturas medias.

Un cambio drástico del clima supone no sólo una modificación de las temperaturas medias del planeta sino, también, del régimen de lluvias, lo que conducirá a la desaparición catastrófica de muchas especies vegetales y animales y, por extensión, a la reducción de las cosechas en un mundo en el que la población no para de crecer, en el que hay más hambrientos que nunca y en

el que se ha superado por vez primera en la historia de la humanidad la capacidad que tiene el planeta para sostener el ritmo actual de consumo de recursos materiales.

Pero no sólo los modelos matemáticos nos advierten del peligro: los estudios paleoclimáticos, el aumento anormal de la temperatura de grandes extensiones del Pacífico y del Índico, los desajustes del ciclo de El Niño-La Niña, la desaparición de especies animales muy vulnerables y muy especializadas como el sapo dorado, la fusión de los hielos del Polo Norte y de la Antártida que modificará el albedo de la Tierra, la estratificación del lago Tanganica, el aumento sin precedentes del nivel del mar, las modificaciones de los hábitos migratorios y de los patrones de floración de numerosas especies, el ascenso de la tropopausa, la extensión de ciertas enfermedades infecciosas a latitudes desconocidas, la disminución a gran escala de la Gran Barrera de Arrecifes de Australia, el retroceso de los glaciares y de las nieves perpetuas, la disminución de la extensión de las pluvisilvas del Amazonas y los cambios locales del clima que todos observamos y que ya son evidentes (tormentas más violentas, huracanes más intensos y numerosos, sequías más prolongadas) son signos de que estamos cerca de un punto de no retorno si es que no lo hemos superado ya, tal y como asegura el autor, Tim Flannery, cuando señala que en 1976 y en 1998 la humanidad superó por vez primera en la historia dos límites climáticos de primer orden.

El cambio climático tiene implicaciones económicas de enorme trascendencia. La economía actual está basada en el carbono procedente de los combustibles fósiles. Se quema carbón para generar electricidad, se quema queroseno para que los aviones vuelen, se quema gasolina y gasoil para mover el transporte terrestre y se queman otros derivados pesados del petróleo para sostener el tráfico marítimo. Y cada vez que se queman estos combustibles arrojamamos CO₂ a la atmósfera elevando su concentración peligrosamente. La atmósfera de Venus está formada por un 98% de CO₂ y la temperatura del planeta en su superficie es de 477 grados centígrados. De manera equivalente, si el CO₂ alcanzara el 1% de la atmósfera terrestre, manteniéndose igual el resto de las variables, nuestro planeta registraría en la superficie una temperatura media cercana al punto de ebullición del agua. Este es el poder del exceso de CO₂ en la atmósfera y cualquiera que lo niegue niega una evidencia.

En consecuencia, hay que retirar CO₂ de la atmósfera y de los océanos reduciendo drásticamente las emisiones y fijando los sobrantes para convertirlos en inertes. Esto quiere decir que hay que cambiar los fundamentos energéticos de la economía, romper los intereses de los grupos industriales y energéticos empeñados en defender un tipo de crecimiento arcaico y letal que sólo sirve para engordar su cuenta de resultados, desenmascarar a los grupos de presión financiados por la industria del carbón y del petróleo dedicados a fabricar mentiras sobre el cambio climático, aplicar ecotasas disuasorias sobre las actividades contaminantes, cambiar los hábitos de consumo de las naciones más desarrolladas y, de paso, transformar los patrones de crecimiento de gigantes en ciernes como China, Brasil y la India. La tarea es colosal y las resistencias son enormes. Pero lo que está en juego es algo muchísimo mayor y más importante: la supervivencia de la especie humana.

El libro de Tim Flannery no sólo describe con rigor el estado de las investigaciones sobre el clima, sino que aborda también las soluciones que están a nuestro alcance para revertir las tendencias negativas antes descritas. Así, el autor propone aplicar de manera masiva las energías renovables ya consolidadas y seguir investigando sobre su mayor aprovechamiento y, sobre todo, plantea que es necesario cambiar los hábitos de consumo y descentralizar la producción de energía para que cada vez más ciudadanos generen de manera limpia la energía necesaria para satisfacer sus necesidades, logrando con ello una independencia de los suministradores y distribuidores que hoy no tienen.

Y después de lo dicho no podemos pasar por alto la actitud mendaz de *Telemadrid* sobre el problema del cambio climático. La televisión pública madrileña, que no es más que la antena ideológica y personalista de las ambiciones de Esperanza Aguirre, tuvo la desfachatez de emitir en noviembre de 2007 un documental titulado *El fraude del cambio climático*, en el que se abrumaba al telespectador con la idea de que la hipótesis del cambio climático es una filfa que ha terminado por convertirse en un ingrediente más de la ideología *progre*. La cadena de televisión pública que mangonea Esperanza Aguirre emitió este documental no para informar a los ciudadanos; bien al contrario, lo hizo para dañar criminalmente la credibilidad de la ciencia, ridiculizar los esfuerzos por reducir las emisiones de CO₂ a la atmósfera y, de paso, mofarse del actual gobierno de la nación.

En su labor intoxicadora sobre este asunto *Telemadrid* no está sola porque cuenta con la ayuda de los ultraliberales del *Instituto Juan de Mariana*, que son los mismos que sostienen la *Libertad Digital* de César Vidal y de Jiménez Losantos que, por otra parte, están muy bien relacionados con las multinacionales petroleras que, a su vez, colaboran con la *Conferencia Episcopal* que, por otra parte, dirigen publicaciones en el mismo grupo en el que están revistas que son luminarias de la ciencia como *Ragazza*, *Supertele*, *Telenovela*, *Teleindiscreta* o *TP* que, sin pudor, enlazan con webs como la del tarotista y vidente Rappel y que, por si cupiera alguna duda sobre su afecto por el rigor científico, tienen como arquetipos a Aznar, Vaclav Klaus y Rajoy quienes, por lo visto, a tenor de lo que dicen, deben dedicarse a la climatología en sus ratos de ocio aunque con muy escaso aprovechamiento.

Con este plantel de colaboradores es elemental que la ciencia salga magullada porque a estos grupos y a estos señores la ciencia les importa un pito. Todos ellos se afanan en construir una ciencia liberal cuando tal cosa, una ciencia ideologizada, que es sinónimo de una ciencia maniatada, es puro disparate. Su liberalismo es liberticida, como liberticida fue el estalinismo que a golpe de condena y de consigna intentó teorizar una ciencia proletaria. Como es sabido el experimento estalinista produjo la ruina económica, el atraso social y la destrucción de la libertad científica. Estas son las calamidades que nos aguardan si los liberticidas de hoy, que para mayor confusión se proclaman liberales, se salieran con la suya.

El argumento espurio utilizado por los comisarios políticos de *Telemadrid* para justificar la emisión de semejante bodrio fue poco original: en las controversias científicas hay que ofrecer todas las hipótesis. A simple vista, esta razón parece razonable. Pero sólo a simple vista, porque si nos paramos a reflexionar sobre el caso caemos rápidamente en la cuenta de que para que haya controversia científica los contendientes primero tienen que respetar los procedimientos rigurosísimos a los que se somete la ciencia. Como sabemos, los negacionistas del cambio climático se pasan por el ala del sombrero lo que la ciencia sea y combaten con desfachatez y desahogo a los que denominan peyorativamente *calentólogos*. Lo suyo no es discutir con argumentos sino denigrar al oponente a base de chanzas, frasecillas malintencionadas y toda clase de ardiditos propios de ambientes bellacos. Poco ha progresado el arte del engaño desde que Aristóteles escribiera el Libro II de la *Retórica* en el que nos advertía de los quiebros sofistas, porque las insinuaciones torpes, las acusaciones a partir de los errores propios, las medias mentiras, los silogismos incompletos, las exageraciones sin cuento, el tomar por causa lo que no es tal y el presentar como consecuencia lo que tampoco es, la omisión deliberada del cuándo y del cómo, el transformar lo improbable en seguro y lo cierto en imposible, el traer como ejemplo lo que no viene al caso y, finalmente, la amplificación de lo que conviene y la disminución de lo que no, son usados por los nuevos sofistas del negacionismo con prodigalidad. Porque, como ya dijo Aristóteles en sus *Refutaciones Sofísticas*, “los sofistas se proponen ante todo parecer que refutan, en segundo lugar mostrar que se dice alguna falsedad, en tercero conducir a la paradoja, en cuarto lugar hacer hablar incorrectamente (...y) por último, hacer decir varias veces lo mismo.” En resumen, el sofista de hoy, como el de antaño, sigue dedicándose a

engañar, enredar e inquietar al oponente, bien por gusto, por dinero o por ansia de notoriedad y poder, manejando el discurso de una forma canallesca y granuja con el objeto de ganarse la consideración del despistado y del crédulo.

Digámoslo de una vez por todas: no hay dos teorías científicas distintas sobre el cambio climático. Lo que existe es una inmensa mayoría de científicos rigurosos que discrepan sobre el peso de cada una de las variables que influyen en el clima, incluida la concentración de CO2 en la atmósfera, y un grupito de francotiradores sin prestigio en la academia pero generosamente pagados por los propietarios de las petroleras y de la industria del carbón, empeñados en echar paletadas de estiércol sobre la meteorología, la física y las reglas del método científico.

Siguiendo la teoría de los facciosos de Telemadrid de ofrecer puntos de vista opuestos en las controversias científicas, esta cadena podría emitir un serial sobre la historia de la ciencia. Aprovechando que hay una cierta alarma sobre la gripe A les proponemos comenzar con dos títulos muy instructivos sobre cuestiones médicas, a saber: *“El timo de la circulación pulmonar o cómo Miguel Servet se buscó ser chamuscado en la hoguera”* y *“¿Son los microbios o los pecados los que causan las enfermedades?: los extravíos del jesuita Athanasius Kircher”*. Si los dos primeros capítulos llamaran la atención del telespectador podrían emitirse otro par sobre astronomía, que es una ciencia que atrae a farsantes de toda condición, que se titularían *“El tocomucho del heliocentrismo”* y *“¿Si no podemos ver los límites del universo, cómo sabemos que no tiene forma de tabernáculo y que se halla rodeado de agua como afirmaba San Agustín?”*. La saga podría culminar, tras haber recalado en otros muchos asuntos de interés, arribando en las playas de la biología con un título tan castizo como *“El hombre no viene del mono sino que el mono, bajo la forma de anís embotellado, procede del hombre: refutación definitiva de Darwin desde una destilería de Badalona.”*

Dado que los enchufados de Aguirre en Telemadrid son muy frescachones acogerán con alborozo esta desinteresada propuesta. Inacabable como la mar, la lista de documentales con los que nos instruirán proporcionará noches de diversión sin cuento a la par que fama inmortal para sus creadores. Porque, qué demonios, en nuestro país, la impunidad y la desfachatez hasta ahora les han resultado muy rentables.

Los que niegan el cambio climático van contra la libertad y los derechos de todos al poner en peligro los fundamentos de la civilización. Quieren robarle el futuro a nuestros hijos. Por ello, merecen algo más que el desprecio general: habría que perseguirlos judicialmente por difundir un negacionismo que es tan nocivo como la banalización del Holocausto y que se asimila, por la extrema gravedad de sus consecuencias, a la apología del racismo y del terrorismo. Si el punto de vista del negacionismo climático triunfase la humanidad se vería abocada a un desastre de proporciones colosales que podría desembocar en un mundo habitado sólo por bacterias termófilas. Y aunque sus disparates finalmente quedaran desacreditados, su propaganda habrá retrasado criminalmente la adopción de medidas paliativas para las que ya no queda tiempo.

Emilio Alvarado Pérez